

UNO! HAS! UNO

Butaca

La tregua

Ana María Amado

La tregua. Dirección: Sergio Renán. Guión: S. Renán y Aida Bortnik, basado en la novela homónima de Mario Benedetti. Fotografía: Juan Carlos Desanzo. Música: Julián Plaza. Intérpretes: Héctor Alterio, Luis Brandoni, Ana María Pichio, Marilina Ross. Producción: Tamames Zemborain, Buenos Aires, 1974.

En las escenas iniciales, las notas que desgrana el bandoneón de Julián Plaza acompañan la recorrida de un porteño cincuentón por las calles grises de Buenos Aires. Como confirmando esa tristeza mítica del porteño, casi ilustración de la letra de un tango, avanza ignorado y solitario al igual que otros miles y sus pasos, a través del domingo, son guiados por el rito: no hay fútbol esa vez pero sí el café, el cine de la tarde, la comida en la fonda, el regreso en el camión puntual y semi-vacío.

Este medio tono para narrar una historia menor, estaba originalmente en la novela del escritor uruguayo Mario Benedetti, que entre sensaciones de ternura y rechazo describió en su literatura el mundo sin matices de los empleados burocráticos de su país, de esa palpable categoría que conforma un amplio sector de la clase media urbana uruguaya. Con un idéntico armado social, sólo que más extenso aún, Argentina responde a esas descripciones: Sergio Renán tomó la historia, los climas y los personajes y con ellos armó esta "versión libre" —según rezan los créditos— de la obra de Benedetti para recrearla a partir de una excelente adaptación cinematográfica.

La anécdota tiene como protagonista central a Martín Santomé (un estupendo Héctor Alterio), viudo maduro, con tres hijos mayores y 35 años de servicio como contador en una empresa. Sumergido en una soporífera mediana, éstos son los máximos datos que acredita en la vida. "Nunca te pasó nada", le dice su hija (Marilina Ross) en un ex-abrupto, ni siquiera la lucidez necesaria para advertir la ajenidad de sus hijos —apenas hay lugar para el desconcierto y el horror cuando uno se le revela homosexual—, hasta que el amor por una jovencita que puede ser su hija (Ana M. Pichio) le devuelve las ganas de vivir, junto con la certeza de su aridez pasada.

En un desarrollo impecable de la narración, Renán dibuja con trazos seguros a sus personajes: diálogos breves, situaciones compactas, gestos cotidianos tomados casi al azar, le bastan para reconstruir la atmósfera que rodea a estos pequeños seres de la gran ciudad. Pero esta virtud llega a su punto más alto cuando revive el especial clima de la rutina oficinesca: allí las desesperanzas y las frustraciones, las pullas y las bromas sangrientas, las ilusiones —puestas en la recompensa de un pronóstico deportivo o en las maravillas de un amor tardío— y los códigos de la camaradería viril parecen trascender ese pequeño espacio en el que se mueve, con una habilidad notable, la cámara del realizador.

Este es el primer largometraje de Sergio Renán, ampliamente conocido en su país como actor de teatro y cine, a lo cual sumó sus trabajos de dirección en ambos campos y también en TV. En oportunidad de su estreno tuvo éxito de público y crítica muy amplio, y llegó inclusive a competir en 1975 por el Oscar a la mejor película extranjera. Los indudables méritos del *Amarcord* de Fellini se llevaron el premio en tal ocasión, aunque al margen de esa trascendencia en el plano internacional *La tregua* quedó señalada entre los pocos títulos que marcaron el fugaz repunte del cine industrial argentino en conciercia con el gobierno popular de 1973-74.

(Cineteca Nacional, en el ciclo "5 películas latinoamericanas"; próximas exhibiciones: lunes 18 y viernes 29 de septiembre).